

José Jiménez Lozano, cristiano impaciente y Premio Cervantes

Santiago Madrigal

La reciente concesión del Premio Miguel de Cervantes al escritor José Jiménez Lozano ha dado nueva actualidad a su obra, que ya se había visto galardonada en 1992 con el Premio Nacional de las Letras Españolas. Su amplia producción, enraizada en el mundo rural e inhabitada por un hálito de profunda espiritualidad, se reparte entre la novela, los cuentos, los diarios, los poemarios y los ensayos. Su voz mística y su pasión por Castilla ya le habían hecho acreedor del premio Nacional de la Crítica de Narrativa por El grano de maíz rojo (1988) y del Premio Castilla y León de las Letras. Se ha dicho de él que es «más cristiano que católico, de profundas convicciones religiosas, pero nada ortodoxo, sino muy crítico y rebelde».

Emulando la intención que subyace a las páginas de su *Retratos y soledades* (1977), emprendemos la tarea de hacer un retrato de este literato y periodista, de este «escritor de pueblo» «tal y como se autodefinía en su libro de apuntes *Segundo abecedario*» que ha sido «cristiano impaciente» antes de Premio Cervantes 2002.

Primera aproximación: malgastar la vida en cuestiones teológicas

Los conocedores y estudiosos de su obra ahondan en ese mote de «escritor católico» para subrayar el espesor teológico de su literatura¹. Reyes Mate dice que Jiménez Lozano ha hablado de la religión de estas tres maneras: como un cristiano comprometido en sus *Cartas de un cristiano impaciente*, como un ensayista que analiza con rigor las diversas manifestaciones del fenómeno religioso; tal es el caso de *Los cementerios civiles y la heterodoxia española* o la *Meditación española sobre la libertad religiosa*; finalmente, como un narrador que asimila del judeocristianismo las líneas matrices de la creación o de la salvación. Esta dimensión, que aparece en *Sara de Ur* o *El mudejarillo*, está presente en todos sus relatos.

J. Jiménez Lozano cree de veras en la eficacia y en la superioridad absolutas del lenguaje religioso para el conocimiento de la realidad, hasta el punto de haber llegado a reconocer en sus notas biográficas: «yo tengo que llevar sobre mí como un sambenito de irrisión mi preocupación teológica en esta cultura española»². Así las cosas, reflexionando sobre la crisis religiosa de J. Blanco White, el escritor castellano rechazaba decididamente, como dándose por aludido, lo que se dijera del autor de *Cartas de España*: «Está malgastando su vida en cuestiones teológicas»³. La misma y profunda preocupación religiosa le lleva una y otra vez a romper el pudoroso silencio sobre lo esencial, sobre «esas cosas que ahora -copio del autor- es de buen tono ocultar, como si se tratase de una obscenidad: la muerte, Dios, el bien y el mal, el sentido de toda esta aventura humana que es la historia». Podemos decirlo con una imagen que proporciona su unidad a ese rosario de cuentos y narraciones, de personajes y de rostros, de sufrimiento y de divertimento estético, que componen *El grano de maíz rojo*: el Viernes Santo. Se trata de un tópico religioso para expresar una visión existencial y especulativa de la tragedia que hoy vive nuestro mundo, con un acento puesto en la miseria y en el pecado del hombre y,

¹ Pueden verse en el libro editado por el Ministerio de Cultura con el título *José Jiménez Lozano. Premio Nacional de las Letras Españolas 1992* (Valladolid 1994) los trabajos de R. Rossi, «La mirada planetaria de un Aescritor de pueblo», pp. 37-45 (esp., p. 40-41) y de R. Mate, «Narración y memoria. Reflexiones filosóficas sobre la obra de Jiménez Lozano», pp. 47-60 (esp. p. 48).

² *Los tres cuadernos rojos* (Ed. Ambito), Valladolid 1986, p. 235.

³ «La crisis religiosa de Blanco White», en: *Retratos y soledades* (Ed. Paulinas), Madrid 1977, pp. 126-130; aquí: 126.

sobre todo, en la absoluta trascendencia de Dios. En las palabras del Pastor Martensen, afectado de la enfermedad teológica de la pérdida de la fe, queda enunciado el meollo del cuento: «Si un día encuentras en un granero de maíz un grano de maíz teñido de rojo por un ángel desde el principio del mundo, uno solo entre todos los granos amarillos, ese día podría contestarte el Señor de los Cielos»⁴. Al final de estas páginas entenderemos mejor esta clave fundamental del cristianismo de Jiménez Lozano.

En suma: pocos autores exhiben un sentido tan dramático y trágico de la historia humana y un respeto tan profundo hacia el ser humano en su individualidad soberana e inmanipulable, recordándonos a todos, frente a la banalidad de la sociedad consumista, la existencia de ese centro insobornable de la propia interioridad, «la fina punta del alma», esa estancia que no está en venta ni en alquiler y donde -a decir de Santa Teresa- «pasan cosas de mucho secreto» entre Dios y el alma⁵.

*«yo tengo que llevar sobre mí
como un sambenito de irrisión mi
preocupación teológica en esta
cultura española»*

De periodista en el Concilio

Quisiéramos en estas páginas rendirle un sencillo homenaje, más desde la teología que desde la literatura, poniendo de manifiesto esa impaciencia pujante al principio de su carrera literaria, en los lejanos años 60, que coincide con ese tiempo ilusionado de la celebración del Concilio Vaticano II y se nutre de sus expectativas. Aquel redactor de *El Norte de Castilla* había centrado su atención en la problemática religiosa y esta preocupación le llevó incluso a la Ciudad Eterna para ser periodista en el

⁴ *El grano de maíz rojo* (Ed. Anthropos), Barcelona 1988, p. 18. Puede leerse en *Los tres cuadernos rojos* esta nota del año 1983: AReescribo cuatro de los primeros cuentos de «Nueve Viernes Santos y otras narraciones civiles». El primero de ellos se llamará, por fin, «El grano de maíz rojo» (p. 200).

⁵ Cf. «Ni venta, ni alquiler», en la recopilación de artículos periodísticos que, bajo el mismo título, ha editado A. Domínguez Vélez (Huelga-Fierro eds.), Madrid 2002, pp. 365-368.

Concilio. Desde sus profundos conocimientos de historia de la Iglesia fue tocando después en breves crónicas los temas eclesiales, dando lugar a una serie de artículos publicados por la revista catalana *Destino* bajo el lema *Cartas de un cristiano impaciente*. En estas páginas pretendo poner de relieve esta faceta y actitud intelectual de Jiménez Lozano, su visión del Concilio y su aplicación a España, espigando en algunas obras de primera hora, porque aquellas convicciones de fondo, aquel estilo de pensar y de escribir nunca han sido abandonados. Aprovechamos además esta feliz coincidencia: sobre él recae la concesión del Cervantes cuando se cumple el cuarenta aniversario de la inauguración del Vaticano II (1962-1965), un acontecimiento que en su día caracterizó como «la gran metamorfosis»⁶. Y en otro lugar escribió con tono esperanzado: «La joven Iglesia que nazca del Concilio también ha de nacer de la cruz de nuestros dolores y esperanzas. Pero relumbrante y gozosa, como los almendros que florecen ahora bajo mi ventana, hasta ayer mismo yertos y ensombrecidos»⁷.

Precisemos esta temática acudiendo a una de sus páginas. En uno de los momentos cumbre de ese diálogo vertiginoso mantenido a lo largo de *La salamandra* por sus dos viejos protagonistas, Damián y Tomás, el primero narra a su amigo las conversaciones de la gente culta que frecuentaban el café madrileño donde había trabajado: «hablaban de todo lo divino y lo humano, y también de religión, que era el opio del pueblo; y del Concilio, que bien, al principio, y, luego, que lo mismo daba, que no había cambiado las estructuras. Y que los curas progresistas, bien, y que, a los otros, ajuste de cuentas. Y que había que tener libertad de conciencia, que ya no estábamos en los tiempos de la Inquisición, y que Dios estaba muerto y era cosa pasada»⁸. De todos estos tópicos habla Jiménez Lozano hasta la saciedad y los profundiza y contrasta críticamente con fino olfato teológico y amplios conocimientos históricos.

De aquella sustancial impaciencia nació un primer libro. Porque si hemos de hacer caso a J. L. Martín Descalzo, el salto a los escaparates de las li-

⁶ «El enigma de Alfred Loisy» en: *Retratos y soledades*, p. 196.

⁷ *Meditación española sobre la libertad religiosa* (Ed. Destino), Barcelona 1966, p. 110.

⁸ *La salamandra* (Ed. Destino), Barcelona 1973, p. 111-112. Para una valoración de su obra narrativa, véase: F. Javier Higuero, *La imaginación agónica de Jiménez Lozano* (Ed. Anthropos), Barcelona 1991.

brerías del nombre de José Jiménez Lozano tuvo lugar en 1963, con esa obra que lleva por título *Un cristiano en rebeldía*. Muy pronto vio la luz un libro que reflota uno de los temas más candentes debatidos en el aula conciliar y cuyo título anuncia las hondas repercusiones que estaba llamado a tener en nuestro país: *Meditación española sobre la libertad religiosa*, que es de 1966. Tomaremos también en consideración un volumen publicado en 1973, que recoge una pequeña parte de los artículos publicados en la revista *Destino* a lo largo de varios años y que fueron recopilados bajo el epígrafe de *La ronquera de fray Luis y otras inquisiciones*. Estas tres obras

*de su sustancial impaciencia manó
un primer libro; el salto a los
escaparates de las librerías tuvo lugar
en 1963 con «Un cristiano en
rebeldía»*

constituyen la materia básica de nuestro estudio, aunque hemos de recurrir «como ya venimos haciendo» a sus cuentos, relatos y cuadernos de notas. Por consiguiente, nuestra aproximación a esta prolífica obra será muy parcial. Sin embargo, su alcance reposa sobre la acertada valoración que hacía R. Conte: «En el interior de esta obra en apariencia tan dispersa, que atraviesa todos los géneros Censayo, narrativa, poesía», todos los temas, pues va desde la historia a la teología, de la sociología a la fenomenología, de la crítica estética a la cultural, todas las latitudes geográficas y cronológicas, y casi todos los procedimientos, desde el realismo al apólogo oriental, de la sátira intelectual a la oración lírica, nos encontramos sin embargo con la sorpresa de que cada una de sus páginas es fácilmente reconocible, que el tono personal lo invade todo, que tanta dispersión posee un centro inexorable y que dicho centro ha permanecido fiel desde el principio hasta nuestros días, desde aquellas «Cartas de un cristiano impaciente» «como las firmaba José Jiménez Lozano, definiéndose así desde el título mismo de sus crónicas» que la revista *Destino* publicaba durante la celebración del Concilio Vaticano II»⁹.

«Estos son los que alborotan la tierra»

El primer libro de Jiménez Lozano es una recopilación de artículos periodísticos que aparecieron en la columna religiosa de *El Norte de Castilla*

⁹ R. Conte, «El narrador y su mundo. Una literatura de salvación», p. 111 (cf. nota 1).

titulada *Ciudad de Dios*. El entonces director del periódico, Miguel Delibes, recuerda en el epílogo cómo, cada viernes, Jiménez Lozano se asomaba a la última página con el empeño firme de redescubrirnos algo tan viejo como el cristianismo, para hacernos caer en la cuenta de que muchas de las manifestaciones de nuestra fe no se adaptan a las exigencias evangélicas. En esta tarea sucedía, nada más y nada menos, que a J. L. Martín Descalzo, que fue precisamente quien lo eligió como «sucesor» en su calidad de cristiano laico, condición que condensa repetidas veces en

*Miguel Delibes lo eligió como
«sucesor» de J. L. Martín Descalzo
en «El Norte de Castilla»*

una expresión castiza: *un cristiano de chaqueta*.

Nacido en Langa (Ávila), en 1930, aquel licenciado en Derecho y Filosofía y

Letras en Valladolid y Salamanca, que vivía y vive retirado en un pueblecito de Valladolid, Alcazarén, «con sus casas de adobe, de barro, su trigo y su pobreza», pide la palabra para expresar el punto de vista de un cristiano laico referente a muy diversas cuestiones y por un espacio de casi cuatro años. El primero de aquellos artículos recogidos en el libro nos sitúa cronológicamente en el comienzo del pontificado de Juan XXIII (1958-1963). Ahora bien, aquella auto-denominación de *cristiano de chaqueta* reivindica muy seriamente una reflexión sobre la posición y función de los laicos en la Iglesia. Jiménez Lozano retoma los argumentos expuestos por el jesuita alemán K. Rahner en su ensayo sobre *La libertad de palabra en la Iglesia* quien, a su vez, había partido de las famosas afirmaciones de Pío XII en su alocución al congreso internacional de la prensa católica (*L'Osservatore Romano* del 18 de febrero de 1950): «la Iglesia católica es una corporación viva, y faltaría algo de su vida si careciera de opinión pública, defecto cuya culpa recaería tanto sobre los pastores como sobre los fieles»¹⁰. De ahí, de ese derecho a hablar y a sentirse escuchado, pueden derivarse tensiones, dolores, crisis, incomprensiones. Para el escritor castellano se trata de un mismo amor al mundo y a la Iglesia. La Iglesia es casa de la libertad y de la obediencia. Al cristiano nunca se le ha pedido que no piense por su cuenta; sólo se le pide que someta luego su pensamiento al contraste de la jerarquía, y ésta -según las palabras del Apóstol- jamás debe apagar la mecha humeante del Espíritu que habla

¹⁰ «Un cristiano de chaqueta», en: *Un cristiano en rebeldía*, pp. 39-41.

en las voces de los hijos de Dios, incluso, en voces airadas, como la de un S. Bernardo, L. Bloy, G. Bernanos.

El espíritu de rebeldía cristiana cristaliza en torno a una cita del libro de los Hechos de los Apóstoles en la que los judíos acusaban a los cristianos ante la autoridad: «*Estos son los que alborotan la tierra*». Jiménez Lozano constataba lo contrario para su tiempo y nuestro tiempo, una permanente añoranza de los ajos y cebollas de Egipto, y se preguntaba: «¿Por qué seguimos dando al mundo moderno, nosotros, los católicos, esta impresión de que solamente en último término nos resignaremos a él? ¿Por qué seguimos añorando continuamente otras épocas y deseando volver a ellas? (...) Pero ¿es que han sido maravillosamente cristianos otros tiempos pasados para que estemos continuamente con ellos en la boca?»¹¹. En la propuesta de abandonar el culto al pasado cómodo y podrido, en la marcha hacia un mundo nuevo, en actitud de *éxodo* hacia la tierra prometida, en estas coordenadas se sitúan las expectativas que hizo nacer el Concilio anunciado por Juan XXIII.

La Iglesia entre dos mundos: ecos de la primera sesión conciliar

Al cabo del tiempo, J. Pérez Pellón ha recordado con cierta sorna cómo y cuándo se forjó *Un cristiano en rebeldía*: «Un día empezó a escribir cosas de religión, cuando eso en los periódicos estaba siempre reservado a un cura que lo más que hacía era recordar anualmente la novena a Santa Rita, los primeros viernes de mes, el Evangelio del domingo y los Oficios de Tinieblas. Y de repente Pepe, en un periódico de provincias, (válgame Dios!, nos empieza a contar cosas. Angustias de un cristiano nuevo, el cristianismo vivido como agonía, siempre Unamuno y cosas parecidas. Y otro día dice que quiere ir al Concilio y enviar crónicas desde Roma. Y allí se va. (Qué audacia la de Miguel Delibes de enviarle allá! Y aparecen sus crónicas, heterodoxas para los bien pensantes, fascinantes para los que de eso sabíamos poco o nada»¹². Será mérito de Jiménez Lozano el saber acercar y descubrir el mundo de los Maritain, de Jean Guitton, de Romano Guardini, el descubrir las grandezas y miserias de la Iglesia ro-

¹¹ «Las ollas podridas», en: *Un cristiano en rebeldía*, p. 36.

¹² J. Pérez Pellón, «Los papeles de cada día. Homenaje a José Jiménez Lozano», pp. 166-167 (cf. nota 1).

mana y su poder temporal, el mostrar de qué modo el Concilio estaba dando a luz a una Iglesia nueva. «Habría que releer hoy -concluye Pérez Pellón- los artículos de Pepe desde el Concilio. Eran fascinantes». Esta es nuestra intención y le damos la palabra.

«El 11 de octubre de 1962 se abrió en Roma el Concilio Vaticano II. En 1870, aún no hace, pues, cien años, se celebró el anterior, y entre estas dos grandes asambleas eclesíásticas en el mundo y en la Iglesia han cambiado tantas cosas, que bien merece la pena pensar un poco en ellas».

entre sus «grandes amistades»

incluyó al cristiano Péguy,

socialista y poeta

Estas son sus primeras líneas sobre el Vaticano II¹³. Jiménez Lozano arranca de la constatación del cambio que se ha producido en las relaciones entre la Iglesia y el mundo. La situación de

1870 se caracterizaba por la imposibilidad de un diálogo entre la Iglesia y el mundo, ya que el endiosamiento de la razón entabló una guerra abierta con la religión en general y con el catolicismo en particular, desde el convencimiento de que los días de la Iglesia estaban contados. Por su parte, la reacción defensiva de la Iglesia se plasmó en una negativa radical a aceptar los logros de la razón. Al anticlericalismo se oponía un celo ultramontano que pronto se alió con la política de signo conservador. En menos de cien años se había producido un cambio fundamental: con el Concilio de 1962 la Iglesia quiere reconocer en las exigencias de los tiempos la voz de Dios y el mundo mira a la Iglesia con esperanza, como la casa de la libertad y el amor frente a la explotación, frente a los totalitarismos, frente a los racismos, frente a la desunión escandalosa de los cristianos. La Iglesia renuncia al «cristianismo constantiniano», «de poder y de triunfo», para hacerse pobre y débil. Juan XXIII recordó el día de la inauguración cómo éste era el primer concilio de una Iglesia libre en el que las autoridades políticas no iban a entrometerse en los asuntos religiosos. En este Concilio la Iglesia, liberada de tutelas políticas y de ilícitas intromisiones por parte de los poderes temporales, «se reúne en plena libertad y sin embajadores de por medio»¹⁴.

¹³ «La Iglesia entre dos mundos», en: *Un cristiano en rebeldía*, p. 84.

¹⁴ «Una Iglesia libre», en: *Un cristiano en rebeldía*, pp. 87-89.

Otra de sus crónicas está dedicada al discurso pronunciado por el Papa en la apertura del Concilio. A su juicio, estamos ante uno de los acontecimientos más importantes de la época moderna, pues esta alocución expresa la intención papal de aproximar la Iglesia al mundo moderno y éste a la Iglesia¹⁵. No fue un discurso de circunstancias. Muy al contrario: *Gaudet Mater Ecclesia* representa el rechazo más radical del integrismo, es decir, las posturas intelectuales que se niegan a aceptar el mundo de hoy. Sus palabras desautorizaban además una concepción pesimista de los acontecimientos históricos que reconoce en la edad media una época dorada, mientras que la historia más reciente «habría tenido su principal hundimiento en el renacimiento y la reforma protestante, un segundo fracaso en la revolución francesa, y una decisiva caída: la revolución socialista y todo el mundo moderno, que no sería sino un cúmulo de errores, pecado y degeneraciones y desgracias». Quería el anciano Papa que en este Concilio la verdad cristiana se impusiese por su propio valor y que el error desapareciese por el propio convencimiento de los hombres, sin necesidad de acudir a las antiguas condenaciones.

Expresábamos al comienzo nuestra intención de ir trazando el retrato de Jiménez Lozano. Sin habérselo confesado a sí mismo -o quizás, sí-, prolonga la fe, la esperanza, la caridad cristianas de Charles Péguy, el compromiso en las luchas sociales, políticas y religiosas de un sincero continuador del espíritu de Cristo que quiere seguir siendo su testigo en el mundo. No en vano lo ha incluido entre sus «grandes amistades» y ha dejado escrito sobre el *cristiano* Péguy, socialista y poeta: «En vísperas del Concilio ecuménico, que ha tomado en cuenta ya, y que tomará aún más profundamente quizá, el papel del laico en la Iglesia, alegre verdaderamente evocar la figura de este Péguy que tanto hizo por situar al hombre de chaqueta en el corazón de la Iglesia y de la cristiandad»¹⁶. Como desarrollará en otro lugar, Péguy se ha convertido en «paradigma del laico cristiano», por su crítica independencia de un simple cristiano de parroquia, comprometido en el campo de batalla sin otros mandatos jerárquicos u otras zarandajas «y sin ocurrírsele, ni por un momento, eso de que fuese gente de tropa, que es cosa anticristiana, si las hay»¹⁷. Brevemente:

¹⁵ «La Iglesia y el mundo moderno», en: *Un cristiano en rebeldía*, p. 90.

¹⁶ «El cristiano Péguy», en: *Un cristiano en rebeldía*, p. 122. Esta admiración hacia el poeta francés queda recogida en *Retratos y soledades*: «Las dos purezas de Charles Péguy», pp. 224-229.

¹⁷ «Las dos purezas de Charles Péguy», en: *Retratos y soledades*, p. 227.

es el sabio conciliador del mundo moderno y de la fe, de la Iglesia y de la República.

Por otro lado es patente su inclinación y simpatía hacia S. Kierkegaard. En sus *Retratos y soledades* ha caracterizado a este filósofo como «simple creyente radical». A aquel cristiano rebelde que firmaba la columna religiosa de *El Norte de Castilla*, que entusiasmaba a unos y escocía a otros, le va bien esta etiqueta, pues su interés más hondo respira el mismo aire que percibió en Kierkegaard: el de ser timbre de alarma que nos avisa hasta qué punto el cristianismo puede dejar de serlo, porque hay que romper los caminos que nos separan del camino evangélico y nos conducen al paganismo y para que nunca olvidemos que «confesar a Cristo como Señor siempre será un escándalo para este mundo»¹⁸.

Finalmente, quisiera rescatar unas reflexiones en las que nuestro literato ofrece una caracterización sintética del espíritu del Concilio al hilo de la fiesta litúrgica de *Todos los santos*, del 1 de noviembre, y del *Día de difuntos*, del 2 de noviembre. Todo comienza con el recuerdo del viejo profesor que en esta última fecha les llevaba de paseo al cementerio civil. Dice que allí rezaban, como habían rezado la víspera en el cementerio católico, envidiosos de las inscripciones de las tumbas protestantes porque «tenían grabadas frases del Evangelio que olían a vida». Estas fiestas litúrgicas, que nos sitúan ante el dogma de la resurrección como el gran escándalo de nuestra fe, provocan estas sabrosas consideraciones: «Ahora, en vísperas del Concilio de la unidad, he vuelto al cementerio civil y he mirado con pena este muro que lo divide del cementerio católico. He pensado en estos hombres que aquí esperan también la resurrección. Seguramente muchos de ellos fueron honrados y buenos, y, por tanto, por su honradez y bondad pertenecían a la Iglesia, aunque lo ignorasen y muchos católicos, incomprensivos o fariseos, les creyeran enviados al infierno. He sentido deseos de derribar esta tapia absurda que divide a los dos cementerios»¹⁹. Desde Roma, con la empresa ecuménica iniciada por el Concilio, se han comenzado a derribar los muros de la división; pero esta corriente se ve frenada en nuestro país.

¹⁸ «Sören Kierkegaard, un simple creyente radical», en: *Retratos y soledades*, p. 178-179.

¹⁹ «Claveles para un ateo», en: *Un cristiano en rebeldía*, p. 133. Es el tema de *Los cementerios civiles y la heterodoxia española* (1978). Sobre este mismo tema, cf. «Los corralillos», en: *Ni venta ni alquiler*, pp. 61-65.

Resistencias del catolicismo hispano frente al Vaticano II

Esa novela inquietante que es *La salamandra* transcurre en el escenario de un asilo cuyos nombres hacen un recorrido irónico por la historia reciente de España («La gusanera», «Asilo Municipal, Emilio Cautelar», «Asilo Nacional, General Primo de Rivera», «El Corazón de Jesús», «Departamento de geriatría, El Sagrado Corazón»). Y este asilo, fácilmente asimilable al solar ibérico, sirve para ejemplificar en tono humorístico la resistencia a la reforma litúrgica: «Y luego baja esta fauna de deshecho a la capilla para una misa lenta y solemne, de viejos, como pontifical alucinatorio. La dice siempre un capellán ochentón del asilo y uno de los viejos, por turno entre los tres o cuatro que saben hacerlo, le ayuda o sirve al altar. Y la dice en latín, porque la novedad de la liturgia del Concilio, en lengua vernácula, parecería aquí profanación o guasa, que, en castellano, no la entenderían, y el latín les conforta con sus terminaciones esdrújulas como confortan los diagnósticos médicos, pronunciados en su jerga, que hasta producen catarsis y alivio de la enfermedad y hasta ocultan su verdadero nombre con piedad»²⁰.

*el catolicismo ha sido vivido en
España de una manera
muy peculiar*

Esta ironía, preñada de acidez, se generaliza para ser elevada a la categoría de tesis en *Meditación española*

sobre la libertad religiosa: «Sería una simpleza querer ocultar la oposición del catolicismo hispánico al tono y talante del Concilio Vaticano II» p. 93). Este ensayo, que quiere ayudar a vivir y aceptar la doctrina conciliar, parte de este hecho y quiere ofrecer una explicación del mismo. Una certeza que podríamos llamar *jimenezlozanista* es ésta: el catolicismo ha sido vivido en España de una manera muy peculiar, y esto durante siglos, de modo que es menester recurrir a nuestra «*vividura intrahistórica*» para explicar nuestro presente que está caracterizado por la reticencia, la oposición y hasta un cierto escándalo ante el espíritu conciliar del Vaticano II²¹. En el marco de esta meditación sobre el sentimiento religioso español se inscriben, a modo de instantáneas, algunas de sus reflexiones más inte-

²⁰ *La salamandra*, p. 16.

²¹ Véase: F. Javier Hierro, «El fondo intrahistórico de la narrativa de Jiménez Lozano», pp. 61-80 (cf. nota 1).

resantes sobre el desarrollo y la temática conciliares. El escritor de Alcazarén ha visto revivir ciertos hechos y pensamientos históricos en el *homo religiosus hispanicus* de los años que transcurren entre 1962 y 1965. Esta es la clave del ensayo y éste será también nuestro prisma de lectura.

«la mentalidad contrarreformista
de la minoría conciliar es la
mentalidad típicamente española»

En la Roma del Concilio Vaticano II, desde la atalaya del Castillo de Sant' Angelo, nuestro cronista, pertrechado de prismáticos, disfrutaba contem-

plando la desbandada multicolor de los Padres conciliares al mediodía de un día de finales de octubre de 1964, cuando abandonan el Aula. Por aquellas calendas se estaba ventilando la cuestión de la libertad religiosa. «En España, -escribe-, pudimos percibir la sensación de extrañeza o la violenta reacción que levantaba en nuestros viejos cristianos la aserción más generosa de esa libertad por parte de la Iglesia»²². Una vez más muchos de nuestros cristianos habían alzado su férrea fe frente a lo que consideraban peligrosas novedades sostenidas por el Concilio. Esta es la situación paradójica del alma religiosa hispana profundamente conmovida al ver resucitar viejos fantasmas, personificados por los círculos evangélicos erasmistas del s. XVI que, ciertamente, fueron soterrados mas nunca extinguidos. En estos momentos de reforma de la cristiandad, al cabo de cuatro centurias, puede constatar: «Mis antepasados, cristianos viejos, labriegos de Castilla, no comprenderían esta nuestra gozosa presencia católica entre protestantes, judíos, musulmanes o simples ateos que ellos mismos miran con esperanza a esta Iglesia del Vaticano II, la Iglesia de la libertad, condenadora de las castas, humilde para confesar sus propios yerros históricos, preocupada por el mundo y ansiosa de derribar todos los muros que la separan de él»²³. Entretanto cruzaban la plaza de S. Pedro, en fraternidad multicolor, obispos católicos, pastores protestantes, clérigos ortodoxos, superando aquel pasado trágico, sabedores de las modalidades y de las diferencias de su credo.

Una rápida evocación del debate sobre la libertad religiosa enmarca otro rasgo de la mentalidad hispánica²⁴. Ya al final de la segunda sesión con-

²² «Una visita al Castillo de Sant' Angelo», en: *Meditación*, pp. 13-16; aquí: 14.

²³ *Ibid.* p. 15.

²⁴ «Un ensayo de psicología católica», en: *Meditaciones*, pp. 17-28.

ciliar, en el otoño de 1963, se había iniciado la discusión sobre la libertad religiosa. Al año siguiente, al comienzo de la tercera sesión, exactamente el 23 de septiembre de 1964, Mons. De Smedt hizo la presentación del esquema. Empezó recordando que algunos Padres preferían hablar de «tolerancia» en vez de «libertad religiosa». La primera postura, que entraña una pura concesión, fue rechazada por los Padres y por la Comisión. De lo que ahora se trataba era de la definición de la radical libertad cristiana, fundada en la misma calidad de ser hombre. En un segundo momento, refiriéndose a la dimensión social de la libertad religiosa, rechazó la competencia del Estado para juzgar la verdad de las cuestiones religiosas. Rápidamente se perfilaron, como en otros debates, dos posturas sobre la libertad religiosa. Los Padres que se oponían al esquema consideraban que era demasiado filosófico (Ottaviani y Rufini), contemporizador con las estructuras democráticas (Aniceto Fernández, superior general de los dominicos), demasiado atento a las preocupaciones ecuménicas, pero dañoso para los católicos (cardenal Quiroga) y en contradicción con la doctrina tradicional de la Iglesia (Brown, Quiroga, Granados), mientras que el obispo de Tuy, Mons. López Ortiz, percibía en el documento un tono de «guerra contra el estado católico».

En la otra orilla se mostraron firmemente favorables al esquema el cardenal Léger, de Montreal, el cardenal Cushing de Boston y el cardenal Silva Henríquez, de Santiago de Chile. Este último advertía de que había que terminar con el equívoco del oportunismo católico, de su doble medida, según se encuentre en minoría o mayoría. El teólogo personal de Pablo VI, Mons. Colombo, tuvo una intervención muy clarificadora en la que declaraba la existencia de un derecho natural a la búsqueda de la verdad y a la libertad de investigación. Subrayó, asimismo, el deber de seguir la propia conciencia, que el acto de fe es esencialmente libre y que el Estado carece de competencia sobre cuestiones religiosas. A partir de esta exposición, nuestro cronista concluye: «la mentalidad contrarreformista de la minoría conciliar, opuesta al esquema presentado a discusión, es la mentalidad típicamente española, de modo que los Padres conciliares españoles que se manifestaron de esa manera representaban, sin duda, aparte de su propia postura teológica, que no trato de enjuiciar para nada, la mentalidad y sensibilidad del homo religiosus hispanicus»²⁵.

²⁵ *Ibid.* p. 19.

En los últimos días de la tercera sesión conciliar se produjo de una manera dramática y por decisión arbitral del papa Pablo VI el aplazamiento de la Declaración sobre la libertad religiosa. Amplios sectores de nuestro país acogieron con una no disimulada alegría aquella decisión. La situación de España difiere de la de otros países notablemente. A diferencia de países, como Francia y Bélgica, donde existe una mayoría católica y una minoría protestante y se vive en una sociedad religiosa y políticamente pluralista o democrática, surge un pensamiento abierto que obliga a pensar las propias verdades religiosas. Jiménez Lozano describía la situación hispana como una sociedad cerrada y uniforme, desde siglos, sin haber superado la sensibilidad y los problemas objetivos de la Contrarreforma. Aunque, gracias al Concilio, vamos saliendo de ese círculo vicioso de acciones y reacciones, durante mucho tiempo –pronostica– llevaremos aún la impronta de esta lucha. Herederos de una particularísima psicología católica, se explica que los simples contrastes de opinión del Concilio Vaticano II sorprendan, duelan o desconcierten a nuestros compatriotas: «sobre todo esta idea de la libertad religiosa, entendida como la libre opción de todo hombre para profesar de manera pública y libre su adhesión a un determinado credo religioso o a una filosofía agnóstica y la inhibición absoluta del Estado en el nacimiento y desarrollo de esta opción cuyo ejercicio debe garantizar para todas las familias espirituales, sin identificarse con ninguna»²⁶. Realmente resulta difícil llegar de repente a la convicción de la libertad cuando faltan la experiencia pacífica del pluralismo religioso e ideológico y la convivencia directa y fraternal con el judío o el protestante y sobran los terribles recuerdos de viejos fantasmas.

Catolicismo conciliar versus «cristianismo viejo»

Sobre estos presupuestos, la *Meditación española sobre la libertad religiosa* quiere marcar una ruta al peculiar sentido religioso español: es necesario superar un catolicismo belicoso e intolerante en aras de su reconversión a un catolicismo conciliar. El meollo en este proceso de tránsito radica en el redescubrimiento de un catolicismo más evangélico y en el desprenderse de un pesado lastre histórico de intolerancia e inmovilismo. El catolicismo medieval y popular de «cristiano viejo» se vive de forma pasiva en las ceremonias y en los sacramentos y, al mismo tiempo, elevado en

²⁶ *Ibid.* p. 28.

un pedestal social y político, está más obsesionado por la defensa de la España católica que por el espíritu cristiano y evangélico; de ahí su preocupación por el exterminio de sus enemigos (herejes, judíos, moriscos). No obstante, perviven esencias evangélicas de misericordia, fraternidad humana y justicia que han sido firmemente sostenidas por voces evangélicas minoritarias, pero bien significativas: Fray Luis de León, Bartolomé de Las Casas, Francisco de Vitoria, Fray Hernando de Talavera. A ese catolicismo medieval español, impregnado de clericalismo, juridicismo, belicismo, riqueza principesca, habría que insuflarle la frescura y la pureza evangélicas, de modo que la visión bíblica y patristica sustituyese a la visión canónica y que una espiritualidad evangélica prestara su aliento desde dentro a la existencia cotidiana. Estos aspectos «junto con el sentido de la tolerancia, la libertad y el carácter laico de lo temporal» son los que está ratificando el Vaticano II.

Porque el Concilio se ha pronunciado a favor de la neutralidad religiosa o laicidad del Estado, socavando así el sueño medieval de una sociedad sacralizada, vestigios y herencia de las viejas teocracias orientales más que del espíritu del cristianismo. Este sentido sacral del catolicismo político constituye otro componente del sentimiento religioso hispano. En nuestro país, la confesionalidad del Estado se viene afirmando desde «una especie de catolicismo biológico» asentado sobre la «total fusión entre Iglesia y Estado»: «Desde la escuela llevamos bien metida en la cabeza y en el corazón la identificación de nuestra Patria con el catolicismo y un irreprimible orgullo de ser españoles y católicos, incluso de no poder ser otra cosa»²⁷. Con todo, en el catolicismo hispánico hay sectores conscientes de la tarea de la Iglesia y de la necesidad de acomodar su ritmo al del catolicismo conciliar. No oculta nuestro literato el dramático influjo que sobre su persona ejerció Unamuno, a través de *La agonía del cristianismo* y de *San Manuel bueno*, propiciando un profundo replanteamiento del problema religioso: «Dios es la única realidad necesaria y la muerte y la resurrección los únicos problemas humanos y metafísicos».

*en nuestro país, la confesionalidad
del Estado se viene afirmando desde
«una especie de catolicismo
biológico»*

²⁷ «Un catolicismo político y la cuestión de la unidad religiosa», en: *Meditación*, p. 59.

Para nuestro propósito de trazar el retrato cristiano de Jiménez Lozano resultan extremadamente significativas las confesiones siguientes: «Nuestra fe aceptada por inercia de educación, de manera rutinaria e inconsciente y que, desde luego, no nos hacía reflexionar demasiado, ni, por ende, vivirla, caía ante este inquietador máximo de las conciencias, de tormentosa conciencia protestante por añadidura, de manera que se puede decir que las generaciones jóvenes que luego hemos manifestado una profunda conciencia católica, hemos sido en cierto sentido, generaciones de conversos, porque hemos conquistado nuestra fe católica contra todos los embates de la duda y el terror de la nada, contra la rutina de nuestro catolicismo de cristianos viejos tan cómodo y ventajoso, a punta de oración, de reflexión, de amor, de comprensión. Y, de repente también, la Iglesia, que hasta ayer mismo no fue para nosotros sino una cohorte de clérigos con los que nos confesábamos o a los que soportábamos sus casi siempre imprecatorios sermones, tornóse para nosotros una Madre querida que amamos como a las pupilas de nuestros ojos y de cuya suerte nos sentimos solidarios, un motivo más para nuestro inconformismo, cavilaciones y rebeldía “síntomas todos muy de conversos” que alarmaba y alarma al sector más conservador de nuestro catolicismo»²⁸.

El floreciente catolicismo conciliar irradia un espíritu entretejido de valores que compendian los rasgos sustantivos de la Iglesia que impulsa el Vaticano II: «el sentido de la justicia social, el escrúpulo por la verdad, la caridad y la libertad religiosa, el Estado no confesional, la crítica de una religión formal y miedosa, el descubrimiento del pueblo judío, como el primer depositario de las promesas de Dios, y del protestante como un hermano, el repudio de las guerras religiosas, el ansia de paz universal»²⁹. En la mente de Jiménez Lozano la noción de *cristiano viejo* conoce un interesante contrapunto que va expresado en el contenido del vocablo *erasmismo*. Se trata de «una actitud espiritual evangélica y paulina de renovación y reforma en la Iglesia y no una concreta actitud discipular ante Erasmo». Tiene, por tanto, un sentido netamente religioso y ortodoxo, pues está convencido de que «el erasmismo español siempre interpretó ortodoxamente y en aquel espíritu religioso y evangélico, incluso las tesis más peligrosas y secularizadoras, laicizantes y hasta ligeramente escépticas del holandés». Frente a formas de entender este concepto de una

²⁸ *Ibid.* pp. 95-96.

²⁹ *Ibid.* p. 97.

manera espiritual, socio-político o cultural, él da al término una significación religiosa amplia y estricta a la vez. «Amplia porque llamo erasmismo a toda esa mística de reforma evangélica de la época, aunque no estuviese conectada con Erasmo; y estricta porque solamente me refiero con ese adjetivo a místicos, espirituales, reformadores y evangélicos o discípulos de Erasmo absolutamente ortodoxos, por sospechosos que fueran en su época»³⁰. Hemos de volver pronto sobre este concepto *jiménezlozanista*.

El pontificado de Juan XXIII ha significado la aparición de un nuevo espíritu evangélico y profético de apertura y liberación de miedos atávicos, el fin de la llamada era constantiniana en la Iglesia y de la Contrarreforma. En España, escribía Jiménez Lozano a la altura de 1966, el Concilio Vaticano II significa un espaldarazo oficial a un modo de entender y vivir el catolicismo que entonces era muy minoritario y sospechoso. Ahora bien, aquellas decisiones de la asamblea ecuménica no bastaban para resolver por sí mismas todos los problemas de nuestro catolicismo, de modo que fácilmente se levantaran las hipotecas de ideas y de sentimientos que nos venían atenazando desde siglos. El mensaje final de la *Meditación española sobre la libertad religiosa* es altamente instructivo: «No seamos ingenuos idealistas como lo fueron los erasmistas del siglo XVI, ni nos abandonemos al derrotismo con los primeros desengaños».

Ponernos en línea del Concilio

Pasemos a esa selección de escritos breves que, reunidos bajo el título general de *La ronquera de fray Luis y otras inquisiciones*, formaron parte de los artículos publicados como *Cartas de un cristiano impaciente*. Un fragmento del proceso inquisitorial contra fray Luis de León sirve de punto de partida para enjuiciar el pontificado de Juan XXIII³¹. Hablaba el maestro de la corrección fraterna respecto a los herejes, recordando la doctrina evangélica (M 18, 15-18). Cuando los estudiantes le pidieron que alzase la voz, él dijo: «Estoy ronco, y mejor es decillo así paso, porque no nos oigan los señores inquisidores». Este primer escrito es un canto al espíritu evangé-

³⁰ *Meditación*, «Notas», p. 144-145.

³¹ «La ronquera de fray Luis», en: *La ronquera de fray Luis y otras inquisiciones* (Ed. Destino), Barcelona 1973, pp. 13-17.

lico de libertad, que es todo lo contrario a la suspicacia, al miedo, a los celos, a la enemistad. Volvemos a encontrar una idea anterior: «que la Iglesia es la casa de la libertad y sólo una opinión pública absolutamente libre en ella puede librarnos de esa herejía, peligrosa entre todas las herejías, que es la cripto-herejía, el cripto-pensamiento». Esta columna tiene a la vista el ataque de sectores integristas hacia el Vaticano II, hacia los «nuevos teólogos», hacia los «nuevos curas», hacia la reforma eclesial. Detecta «atemorizadas ronqueras con que, efectivamente, comienza a oírse hablar del Concilio Vaticano II o de la encíclica *Pacem in terris*, por ejemplo, del papa Juan XXIII, cuyo pontificado ha significado, sobre todo, una liberación de atávicos y esterilizadores miedos cristianos, la ventana abierta, la proclamación de la vigencia de la libertad de los hijos de Dios. O no ha significado nada: solamente otra grande e inútil hemorragia cristiana».

*«la Iglesia es la casa
de la libertad»*

Entre 1966 y 1969 hay que situar el quinto centenario del nacimiento de Erasmo de Rotterdam³². Esta evo-

cación adopta en la pluma de nuestro ensayista una modulación peculiar, que nos pone ante su comprensión histórica del *erasmismo*: «el Vaticano II ha vuelto a poner sobre el tapete los mismos problemas que preocuparon al humanista y para los que vivió y murió», «el Vaticano II ha venido a apoyar las tesis erasmistas» y «lo que significó Erasmo para España y lo que ahora ha significado y está significando el Vaticano II» constituyen «dos situaciones espirituales casi idénticas». En la pluma del escritor castellano *erasmismo* significa: una reacción contra el entendimiento y la praxis del cristianismo medieval; el estudio de la Biblia y los Padres frente a las sumas y cánones; frente a las ceremonias externas un cristianismo interior; frente al universo clericalizado del catolicismo medieval, sitúa al laico en el corazón de la Iglesia; la mansedumbre y el espíritu de apertura evangélicos frente a la cerrazón del catolicismo belicoso; frente al uso de la fuerza, el reconocimiento de la más absoluta libertad religiosa del acto de fe. Se pregunta, entonces, y nos pregunta «si la cosmovisión cristiana y la espiritualidad del Vaticano II no contraría nuestra manera de ser y de estar». Desde nuestra vieja ideología de superioridad y segu-

³² «Primera mención de Erasmo», en: *La ronquera*, pp. 18-24.

ridad, «preguntémonos en qué medida el espíritu de diálogo, de ecumenismo, de libertad, de paz, de justo repartimiento de los bienes, de defensa de los humildes, de construcción de una sociedad abierta tiene posibilidades y probabilidades de ser aceptado y amado por nuestra psicología».

En otras palabras: vive España un catolicismo sobre la modorra de los moldes históricos ya caducos, que no es el fruto maduro de una decisión lúcida de su inteligencia y de su voluntad. El Vaticano II nos obliga a plantearnos muy seriamente cómo y por qué ser católicos. «Me parece que debemos realizar nuestra tarea de ponernos en línea de Concilio, comenzando por plantearnos la cuestión misma de nuestra creencia católica para purificarla de los motivos que puedan trascenderla, de esos intereses vitales que nos hacen inasimilable el Vaticano II, que hacen a España diferente, según el *slogan*»³³.

El imperativo de «*ponernos en línea de Concilio*» llega a adoptar un tono de desgarrada queja profética: «No hay nada tan desastroso como sembrar estériles, imposibles esperanzas. Esta es la sola razón de algunos de mis artículos que bastantes lectores han encontrado un tanto desoladores. El panorama del catolicismo español renovador es bastante oscuro o al menos así me lo parece a mí, que sería el primero en alegrarme si lo viese de otra manera». Estas reflexiones tienen como trasunto histórico uno de los temas de la historia religiosa de Occidente preferidos por Jiménez Lozano, la historia de Port-Royal³⁴. El arzobispo de París, Mons. Noailles, había querido salvar de la destrucción al monasterio jansenista; sin embargo, buscando el acuerdo con los partidos contrarios, acabó siendo víctima de falsas esperanzas, represor implacable de lo que quería salvar. Esta ejemplificación histórica apunta en esta dirección: ¿cómo se puede lograr la renovación del universo espiritual hispánico? La impotencia confesada por el autor tiene que ver con la constatación de una situación objetiva. No se trata sólo de la mentalidad y sensibilidad religiosa de siglos, sino de las mismas condiciones socio-políticas de la España post-conciliar. Nadie puede renovar desde fuera el catolicismo hispano. Ahora

³³ *Ibid.*, p. 23.

³⁴ «Las ilusiones de monseñor de Noailles», en: *La ronquera de fray Luis*, pp. 46-49. El drama humano y religioso de los «jansenistas» y la destrucción del monasterio de Port-Royal es el tema de *Historia de un otoño* (Ed. Destino, Barcelona 1971), una de sus primeras novelas históricas.

bien, para ello tampoco sirven las meras palabras. Corremos, en estas circunstancias, un serio riesgo de ser víctimas -como Noailles- de la ilusión. La crítica a la situación de España, bajo el régimen franquista, se hace veladamente desde la Constitución pastoral *Gaudium et spes*, porque lo que se afirma en este documento cuestiona radicalmente nuestra realidad histórico-social y está muy lejos de las categorías mentales al uso. Los textos conciliares están elaborados desde categorías intelectuales y existenciales de corte moderno, como son las nociones de democracia, de libertad religiosa, de derechos inalienables de la persona, de valores humanos y religiosos de la búsqueda de Dios, incluso en el ateísmo. El Concilio ha aceptado esos valores porque considera que expresan el espíritu evangélico. De ahí que concluya: «Hay una radical impermeabilidad intelectual que habría que destruir, pero esto es lo que no podremos hacer; y, mientras no se pueda hacer esto, el Vaticano II resultará absolutamente inofensivo, como ha resultado inofensiva una encíclica como la *Populorum progressio*: aquéllos que debieran saber lo que la Iglesia opina en ella de la intrínseca humanidad del capitalismo no se enterarán jamás, porque lo que no se va a permitir es que el lenguaje técnico de la encíclica se traduzca a un lenguaje popular, capaz de hacer tomar conciencia de su situación injusta a este pueblo»³⁵.

El Concilio Vaticano II ha asumido un sano optimismo mundanal, de raíz auténticamente católica: la fe en el ser humano y en sus posibilidades, la cercanía de un Dios encarnado y la primacía de su amor, la apertura al mundo y la edificación de una ciudad temporal justa. Es el espíritu de un Teilhard de Chardin, pero también el de S. Agustín y de Pascal. El problema del acuerdo entre la Iglesia y el mundo moderno ha quedado reflejado en la *Constitución sobre la Iglesia en el mundo moderno*, que incorpora las esperanzas del viejo catolicismo liberal y desposa las preocupaciones de los hombres de hoy, siempre a la búsqueda de caminos para un futuro más justo y pacífico conquistado codo a codo con todos los hombres, incluso los más distanciados de la Iglesia. Sin embargo, aflora pronto en la pluma de nuestro Premio Cervantes la constatación de que la aproximación entre la Iglesia y el mundo se hubiera interrumpido rápidamente: «El Vaticano II, y como consecuencia de esa especie de magia personal del pontífice Juan XXIII, habría logrado, por unos instantes, que historia profana e Iglesia convergiesen y que el mundo volviese a mirar

³⁵ *Ibid.*, p. 48.

a la Iglesia con alguna esperanza, pero, luego, hemos vuelto al clásico divorcio entre Iglesia y mundo»³⁶.

Una cierta dosis de jansenismo frente al olvido de la Cruz

El gran *handicap* del cristianismo de nuestros tiempos es el de no haberse preocupado de formar personalidades cristianas, de fe lúcida y personalizada. La llamativa crisis de fe o el fenómeno de la increencia tienen que ver profundamente con el automatismo y la inercia religiosa de épocas de cristiandad. Con estos rasgos caracteriza el sentimiento religioso de la sociedad contemporánea. En esta situación se pierde la fe con la facilidad con que se pierde un llavero. Pero la fe tiene que ver con la entrega entera del ser, con la *metanoia* dramática que se abraza a la cruz. El meollo espiritual del momento religioso que vivimos estaría marcado por una exageración unilateral de la inmanencia de Dios y por la pérdida del sentido del pecado. Por ello, en un tiempo de «religión sin pecado», los ingredientes fundamentales del cristianismo impaciente de Jiménez Lozano se condensan en la seria reivindicación de una cierta dosis de jansenismo: «No se trata de volver a entenebrecer la vida cristiana, pero tampoco de disimular lo indisimulable: que la tragedia del Viernes Santo, por ejemplo, es el precio del pecado. Y polémicas teológicas y complicaciones políticas y clericales aparte, eso era el jansenismo: 1) Una concepción profundamente exigente del cristianismo, sin componendas ni concesiones. 2) Una intensa conciencia de la dignidad humana y del pensamiento personal contra toda clase de absolutismos, incluso eclesiásticos. 3) Un sentido muy vivo de la libertad de la Iglesia. Y, ni qué decir tiene, un acento muy agudo en la miseria y en el pecado del hombre, en la absoluta trascendencia de Dios, en su radical «otredad» con respecto al hombre»³⁷.

Desde este análisis de la situación religiosa se desprende el gran reto que tiene planteado el cristianismo hispano: que el Vaticano II se llegue a aclimatar verdaderamente en nuestro país depende de la emergencia de un nuevo catolicismo, más maduro, que se abra paso más allá del catolicismo barroco y de cristianos viejos, y se alimente de la vieja savia del aquel catolicismo de corte paulino que entre nosotros quedó confundido y aplastado en represión contra el luteranismo y erasmismo patrios. En

³⁶ «La parábola del sastre», en: *La ronquera*, pp. 206-210.

³⁷ «Una cierta dosis de jansenismo», en: *La ronquera*, pp. 231-235; aquí: 234.

unas pocas líneas ha compendiado Jiménez Lozano su visión crítica del cristianismo viejo o catolicismo barroco: «Ahora comprobamos que lo más negativo del cristianismo barroco hispánico ha sido quizá esto: el haber hecho olvidar que la cruz debe estar clavada en el existir cotidiano del cristiano, que ser cristiano es un riesgo y una aventura, un hombre siempre en ruta, a veces por desiertos sin luz, sin poder echar raíces en el lugar, ni en el tiempo, ni en la tierra, ni en la historia. Sin otra tradición, ni otro padre, ni otra madre que la cruz»³⁸. Y es que estamos siempre llamados a descubrir la entraña del cristianismo, la revelación de Dios en la historia, que es precisamente irrupción o desvelamiento «a ras de lo humano, a nivel de lo humano, e incluso de lo más pequeño y humilde, necesitado y pobre: en un desvalido amor, el de un crucificado»³⁹.

Apunte final: una «literatura de salvación»

Pongamos fin a esta semblanza literaria, intelectual y cristiana de Jiménez Lozano, que hemos reconstruido tomando como materiales esa mínima parte de su obra periodística que está publicada en forma de libro. Con L. Wittgenstein comparte la certeza de que sólo el lenguaje del arte y el lenguaje religioso son capaces de trasparecer lo indecible. Además, estos lenguajes no se adaptan ni ajustan a las exigencias lógicas del lenguaje racional. Está de acuerdo con el autor del *Tractatus logico-philosophicus* en este punto: «En el cristianismo del futuro no tendrá sentido hablar de Dios, porque está claro que sólo podemos producir, en este sentido, una cháchara vacía, y ser cristiano será vivir según Cristo. Como lo ha sido siempre». En el marco de este comentario sobre el filósofo vienés nos ha desvelado que Kierkegaard, Pascal y S. Agustín componen «la familia espiritual de la que soy un modesto miembro, un pequeño pariente»⁴⁰. Uno de los rasgos más característicos del cristianismo de Jiménez Lozano pasa por el significado histórico de Port-Royal. Resulta altamente significativa la formulación puesta en boca de mademoiselle de Joncoux al hacer la defensa del monasterio jansenista destruido en el otoño de 1709: «Port-Royal era ante todo la afirmación de que la preeminencia de la Cruz va aliada a un sentimiento extremo de la libertad humana, que Cristo nos conquistó: no hay poder sobre la tierra, suficiente para

³⁸ «Primera mención de Erasmo», en: *La ronquera*, p. 24. Véase: «Riesgos y esperanzas del catolicismo barroco», en: *La ronquera de fray Luis*, pp. 64-69.

³⁹ *Los tres cuadernos rojos*, p. 111.

⁴⁰ *Los tres cuadernos rojos*, p. 175-176.

hacernos renegar de nuestra conciencia. Port-Royal es ante todo la defensa de la libertad y de la dignidad humanas, que son el honor de Dios»⁴¹.

Para J. Jiménez Lozano la narración tiene un poder salvífico, pues «el narrador puede levantar de la nada, la irrisión y la vergüenza, la memoria verdadera, mostrar la entraña de la intrahistoria, que decía Unamuno. Tal es el poder de la compasión y de la palabra»⁴². De ahí que sus historias recojan a seres desvalidos y desprovistos de atributos pero que guardan el secreto de la historia. Este sería el sentido más profundo de esta preocupación histórica especialmente intensa por mudéjares, judíos y heterodoxos⁴³. En ese horizonte de comprensión que denomina nuestra *vi-vidura intrahistórica* se ubica también la reivindicación del espíritu evangélico, ortodoxo y genuino del *erasmismo* como modo de vencer y superar las resistencias hispanas hacia el Concilio Vaticano II. Por otro lado, no podemos silenciar que sus reflexiones destilan un mensaje incómodo cifrado en este pronóstico profundamente perturbador: «El español medio, educado de cierta manera, con ciertos reflejos y tics nerviosos desde siglos, con una conciencia bastante deformada, pero muy segura de lo que es cristianismo, pasará así lustros sin enterarse de lo que ha significado el Vaticano II»⁴⁴.

Concluyo desde ese libro-diario que se llama *Los tres cuadernos rojos*. En uno de sus pasajes, José Jiménez Lozano reproduce el versículo 3 del capítulo último del evangelio de S. Marcos: «¿Quién nos moverá la piedra de la puerta del sepulcro? Y comenta: «He aquí la esperanza cristiana, desde luego; pero también la más radical de las preguntas humanas, que ha sostenido el arte y la literatura durante milenios. ¿Puede el arte y la literatura orillarla, sin dejar de serlo?»⁴⁵. El entrecruzamiento de esta esperanza y de este radical interrogante sostiene el quehacer literario e intelectual del último Premio Cervantes; aviva también la llama eterna que arde sin consumirse para forjar la conciencia y el espíritu religioso de este impaciente cristiano de chaqueta. ■

⁴¹ *Historia de un otoño*, p. 166-167. Así lo ratifica una nota autobiográfica fechada en 1982: «Me es imposible mirar a Port-Royal, sin sentir un aire de familia (...) aunque me quede del lado de acá de la reja» (*Los tres cuadernos rojos*, p. 150).

⁴² *Los tres cuadernos rojos*, p. 199.

⁴³ Véase: *Sobre judíos, moriscos y conversos. Convivencia y ruptura de las tres castas* (Ed. Ambito), Valladolid 2002.

⁴⁴ «Las ilusiones del Monseñor de Noailles», en: *La ronquera*, p. 48.

⁴⁵ *Los tres cuadernos rojos*, p. 120.